



Academia y Sociedad Academy and Society

Marco Salamea Córdova* marco.salamea@ucuenca.edu.ec
UNIVERSIDAD DE CUENCA, ECUADOR

11

Acordes

LA ACADEMIA TRADICIONAL

Tradicionalmente se ha asumido que las instituciones académicas deben circunscribir su acción a los objetivos relacionados con la producción de conocimientos científicos, la investigación (teórica y de campo) de diversos aspectos y problemas de la realidad, la realización de eventos académicos y científicos de diversa naturaleza, la exposición y difusión de conocimientos y de descubrimientos, amén de la formación, instrucción y preparación profesional en las diversas disciplinas científicas. Entre esas instituciones tenemos a centros de investigación científica, a comunidades de académicos y a centros de formación profesional de pregrado y postgrado como las Universidades.

En general ha habido, por ende, la renuencia a adoptar de manera explícita una posición o compromiso social, o incluso político, por parte de las instituciones académicas, bajo la consideración de que ello conllevaría la introducción de un elemento extraño a su quehacer o la pérdida de autonomía de la actividad académica y científica, a la que se le tiende a ver como aséptica y neutra y, como tal, como libre de toda connotación ideológica y política, sin reparar en que, aunque sea de mane-

* Sociólogo Analista político. Responsable del área de relaciones interinstitucionales de Acordes. Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad de Cuenca

Acordes

ra implícita, todo discurso científico" y toda labor académica conlleva una determinada concepción del mundo y de la sociedad y, por tanto, un determinado sesgo teórico, ideológico y, aún, político.

ACADEMIA Y POLÍTICA

Quizás el espacio académico donde más suele abrirse el debate acerca de si debe o no haber, y hasta que punto, compromisos sociales y políticos institucionales son las Universidades.

Más concretamente, en relación al compromiso político, algunos sostienen que la Universidad debe mantenerse totalmente al margen de cualquier acción política, debe sostenerse como una institución esencialmente apolítica, pues su misión sería básicamente educativa, y sobre todo, formativa, además de su rol en el área de la investigación científica y técnica. Para otros, y en una postura opuesta, la Universidad debe ser una institución abiertamente política, vinculada inclusive a ciertas ideologías y partidos políticos, en una situación en la que, tras la formación de cuadros profesionales, tendría preeminencia la formación de cuadros políticos. Sin embargo, frente a esos dos extremos, se sostiene la posibilidad de que la Universidad asuma compromisos y acciones políticas, pero sin caer en el partidismo político y en la mediatización de sus finalidades principalmente académicas.

Al respecto de la política, si en un sentido restringido esta se entiende como la actividad dirigida a conquistar o influenciar sobre el poder político del Estado, es claro que no todas las personas y organizaciones de la sociedad hacen política, con excepción de los partidos políticos cuya misión se orienta esencialmente al logro del poder estatal. Esto no significa, empero, que eventualmente o de manera indirecta diversas organizaciones sociales, gremios o instituciones, por diversos medios o formas hagan política. Así lo haría, por ejemplo, un gremio empresarial al presionar para que el Estado acoja sus planteamientos, o una organización popular al movilizarse y lograr que el gobierno tome determinadas medidas económicas o sociales.

Sin embargo, en el caso de las instituciones académicas como la Univer-

sidad, más allá de que exista o no una acción que la ligue con la política entendida en su sentido estricto, su vinculación con ésta se deriva del hecho de ser parte de las instituciones ideológicas del Estado. Aún más, al igual que la función económica del Estado, la función ideológica que éste cumple a través, entre otros aparatos, de los centros educativos es también una función política, ya que se enmarca en la función global del Estado (la reproducción de las relaciones sociales vigentes) que es una función eminentemente política.

Por otro lado, todas las personas y organizaciones que integran la sociedad, y aún las instituciones académicas poseen una concepción política, así como poseen una concepción filosófica. Si esto es así, lo ideal sería que la academia en general, y la Universidad en particular, tenga una visión política lo más objetiva y científica posible, en una situación que la llevará no solo a asumir un compromiso y, por tanto, una práctica política, sino a que éstos se caractericen por tener un orientación transformadora del orden social o, por lo menos, promotora de que en dicho orden se afiancen valores como la libertad, la justicia, la solidaridad y la paz, con lo que su compromiso político asumiría también el carácter de ser un compromiso ético.

Por lo demás, el que la Universidad sea política y haga política en un sentido no partidista, conlleva precisamente su desapego de visiones y actitudes contrarias al pluralismo y a la política como actividad de servicio a la comunidad.

Y es precisamente a partir de la visión de la política como servicio a la comunidad, que es posible redefinirla como una actividad que va más allá del Estado (de lo público-estatal) y que tiene también como referentes otros espacios públicos: aquellos espacios de organización y acción de la sociedad civil (lo público no estatal).

LA NECESIDAD DE UNA NUEVA ACADEMIA

Si como hemos dicho, aún en el marco de una concepción restringida de la política, las instituciones académicas no pueden deshacerse de sus vinculaciones políticas, siendo lo deseable que éstas asomen comprometidas con posiciones democráticas y humanistas; en el marco de una concepción amplia de la política la vinculación con esta se toma más explícita o directa. La vida académica y sus productos se articulan a determinados intereses sociales, lo cual es particularmente más visible en el caso de la actividad académica vinculada al quehacer de las Ciencias Sociales.

Así como hay ciertos espacios académicos de las Ciencias Sociales (o ciertas corrientes al interior de éstas) que estructuran los discursos y las intervenciones sociales a favor del modelo de sociedad vigente y de una cierta estructura de poder que le es inherente, hay otros ámbitos de esas ciencias (y otras corrientes a su interior) que, más vale, estructuran sus representaciones y sus acciones en pos de otro modelo social y, por ende, de otra estructura de poder. Esta segunda posición (aunque habrían también posiciones intermedias) es justamente la que más se apega al carácter crítico e innovador que debe tener la ciencia y del que podemos esperar prácticas transformadoras y promotoras de nuevos valores éticos. No al acaso se establece una relación entre la ciencia, la crítica y el cambio, sin que esto deba conducir al planteamiento epistemológico extremo de vincular mecánicamente la cientificidad del conocimiento con su apego al cambio social.

En todo caso, si la ciencia debe ser por naturaleza crítica e innovadora, las instituciones académicas que la producen o la aplican en los procesos de la vida práctica no pueden dejar de lado el compromiso subyacente de trabajar por esclarecer la verdad y coadyuvar a la transformación de la sociedad, lo que desde otra lectura significa simplemente trabajar por hacer que la realidad, sea natural o social, siga el curso espontáneo de su devenir, esto es, un curso plagado de órdenes y rupturas, de crisis y mutaciones permanentes.

Lo deseable, y aquí el compromiso ético-político que debe asumir la Academia, es trabajar para que esos cambios signifiquen la construcción de sociedades más productivas y equitativas, más democráticas y solidarias, un asunto que asoma sobre todo importante en aquellas sociedades en las que cada vez más personas ven irrealizadas sus necesidades más elementales como seres humanos, a saber: trabajo, salud, educación, vivienda, participación, recreación, identidad, afecto, etc.

Y trabajar por esos cambios, o por esas sociedades, implica por parte de las instituciones académicas, en primer lugar, generar conocimientos que permitan descubrir la realidad en su complejidad, en sus interconexiones y contradicciones; esto es, avanzar desde la apariencia a la esencia, de las manifestaciones concretas a las causas últimas de los fenómenos de la realidad; con lo que el conocimiento por se adquirirá una vocación liberadora y cuestionadora, en lugar de una connotación reproductora y apologeta de lo establecido.

En segundo lugar, en correlación con esa vocación, los procesos de investigación que llevan adelante los centros académicos deben partir de la adopción de un enfoque teórico crítico o alternativo, que salde cuentas con un enfoque predominantemente positivista o instrumentalista, con lo que la investigación, siguiendo una trayectoria similar a la del proceso cognoscitivo, permitirá descifrar la esencia de los fenómenos investigados, a través de descubrir sus interrelaciones y contradicciones dialécticas y, por tanto, sus causas últimas y sus manifestaciones. Pero, además, la investigación académica comprometida con el cambio, a más de ser explicativa debe ser propositiva, lo cual compromete el diseño de soluciones imaginativas e innovadoras a los problemas investigados, así como la formulación de referentes sociales utópicos que permitan trascender el mundo constituido y orientar toda forma de práctica social a la conquista de otro mundo posible, un mundo con otra racionalidad y otro tiempo histórico.

Para que los conocimientos producidos y para que las propuestas sugeridas por los ámbitos académicos puedan ir alimentando el proceso de

Acordes

construcción de lo nuevo, es necesario nutrir a los miembros de la sociedad de dichos conocimientos y propuestas puesto que son ellos, y especialmente los grupos sociales que más directamente sufren las diversas formas de sojuzgamiento o aniquilación, los que tienen que asumir el papel de sujetos políticos de los procesos de reconstrucción social.

En este proceso la función de actividades como la difusión y divulgación es clave, lo cual supone un esfuerzo por hacer digeribles a los diversos sectores sociales los productos académicos y científicos, lo que en el caso de los sectores populares llevaría a revalorizar los llamados procesos de educación popular. Sin embargo, y en contraste al tradicional distanciamiento entre la esfera del conocimiento (la Academia) y la esfera de la sociedad (la comunidad) hay que pensar no sólo en que la Academia "baje" al pueblo sino que éste construya también sus propios espacios académicos, lo cual supone obviamente redimensionar el estatus de la ciencia y su institucionalidad.

En todo caso, ya sea que la Academia les incorpore como receptores de sus productos o que ellos puedan también desarrollar los suyos, los miembros de la sociedad tienen que ser incorporados de manera cada vez más activa a los procesos académicos; un asunto que adquiere una importancia relevante en los casos en los que esos procesos conllevan actividades enmarcadas en lo que se ha denominado como "intervención social".

En efecto, es en el ámbito de la intervención social donde la connotación crítica, la apuesta ética y el compromiso de las instituciones académicas se tornaría mucho más evidente. Y esto tanto porque en dicha intervención las personas concernidas deben dejar de ser objetos y asumir el papel de sujetos, cuanto porque en la misma debe trabajarse en programas y proyectos que conlleven la germinación de una nueva estructura económica y política, así como de nuevas relaciones sociales.

La participación de las personas, tanto como individuos cuanto como grupos sociales particulares (por afinidad territorial, socioeconómica, de

género, étnica, generacional, etc.), al ampliar los canales para incrementar su capacidad reflexiva y su libertad para decidir o autodeterminarse en los procesos que les conciernen, es decir al posibilitar la conversión de las personas en verdaderos sujetos sociales, constituye pues la característica central de una intervención social liberadora, al mismo tiempo que prefigura el nuevo carácter que debe tener la vida política en la sociedad: la de ser una práctica participativa. Coetáneamente, debe ser una intervención orientada a impulsar y favorecer aquellas formas económicas alternativas y solidarias, que impliquen una reconceptualización del desarrollo a partir de verlo como un proceso integral y promotor de un mayor bienestar para todos y todas. Asimismo, debe ser una intervención que promueva valores que enfrenten el individualismo, consumismo, mercantilismo y otros referentes ideológicos del comportamiento social actual, los mismos que han hecho de los seres humanos simples medios o instrumentos de un desarrollo que favorece cada vez más a menos personas y países.

Esto no es ciertamente una tarea fácil para la Academia y sus funcionarios; donde a veces pesa más la comodidad del conformismo, el cálculo economista o el estatus que puede conferir el servicio a la razón instrumental, aunque también se justifica la falta de compromiso debido a la "pragmática" necesidad de supervivir y de contar con los recursos económicos de aquellas financieras interesadas en intervenciones sociales paliativas o meramente asistencialistas.

En definitiva se trata de que los círculos académicos, cualquiera sea el alcance de su intervención o acción en la sociedad, hagan una apuesta científica pero al mismo tiempo ética y política, con una vinculación cada vez más estrecha con la gente y sus demandas, y especialmente con la gente que sufre diversos grados de privación económica, política, cultural, y espiritual; que se defina en un sentido más solidario y comunitario, y que ayude (desde el conocimiento, la investigación, la formación profesional, la acción, etc.) a facilitar el despliegue de las potencialidades transformadoras que yacen en diversos conglomerados sociales, principalmente en aquellos que han asumido una identidad comunitaria a partir de agresiones u opresiones compartidas.

Acordes

En este contexto, vincularse a la comunidad no significa sólo alimentar, desde lo académico, las propuestas de ella, sino también insuflar de un mayor espíritu comunitario a la sociedad, fortalecer los niveles y prácticas de comunidad, a partir de asumir el sentido de que somos seres sociales que nos requerimos mutuamente, no sólo para subsistir y acompañarnos sino, más aún, para que nuestros proyectos de vida adquieran significado y la posibilidad de realizarse.

En esa misma línea la ciencia "objetiva" o la Academia "fría" tienen que abrigarse en el fuego del humanismo, tienen que buscar de incorporar en sus discursos y prácticas dimensiones habitualmente soslayadas, como los sentires y las emociones, las alegrías y las tristezas de las personas y de las comunidades, lo que per se supone enfatizar en el uso de enfoques y metodologías que están en posibilidades de comprender la integralidad del ser humano y de sus relaciones con los otros componentes de la realidad o mundo.

ACADEMIA UNIVERSITARIA Y SOCIEDAD

Ahora, todo esto, que vale para la Academia en general, adquiere un valor aún mayor en el caso de los espacios académicos que tienen como misión la formación y preparación de cuadros profesionales, como es el caso de las Universidades. En este espacio académico, los futuros profesionales deben tener no sólo una alta formación científica y técnica en cada una de sus ramas o especialidades sino también una formación integral y multidisciplinaria, que posibilite espacios de diálogo y un trabajo conjunto entre profesionales de las diversas disciplinas, y que conlleve la asunción de compromisos con la sociedad o comunidad en la que van a trabajar profesionalmente, y especialmente con aquellos grupos humanos excluidos dentro de ella.

Aún más, y como ya se planteó anteriormente, la propia ubicación de la Universidad en el contexto social, y las propias características de sus funciones académicas, vuelven inevitable un compromiso institucional de su parte -explícito o implícito- con determinados intereses que com-

piten en la sociedad, siendo lo deseable que ese compromiso –dada la esencia dinámica de la realidad, el carácter crítico de la ciencia y la fundamentación ética de pugnar por un mundo más humano- sea con aquellos intereses vinculados a la búsqueda de un mundo social nuevo, esto es, un mundo más justo, más democrático y más humano, que no excluya ninguna particularidad ni ahogue la diversidad y que, por lo tanto, se conciba como una construcción permanente a favor de todas las personas.

Se trata de una visión que debe estar presente en la docencia e investigación, pero también en las funciones de extensión y difusión que usualmente llevan adelante los centros académicos de educación superior. Una difusión que informe, pero que también acreciente los niveles de conciencia social. Y una extensión que posibilite espacios para la práctica preprofesional, pero que también permita el despliegue de las potencialidades organizativas y constructivas que están presentes en diversos segmentos sociales y populares, rebasando el tradicional enfoque paternalista o asistencialista de la extensión universitaria.

Finalmente, tanto las instituciones académicas universitarias cuanto la Academia en general, deben abrirse o ser permeables a las influencias y a nuevos aprendizajes que pueden derivarse de los conocimientos y las prácticas comunitarias, a reconocer en estos la presencia de saberes que pueden alcanzar también un estatus de cientificidad, lo cual obviamente supondría la ruptura con visiones epistemológicas tradicionales; un asunto cuyo análisis, en todo caso, rebasa los alcances del presente artículo.

Bibliografía

FRASER, Nancy: "Una contribución a la crítica de la democracia actualmente existente". En Ecuador debate, N. 46

GUIDDENF, Antony: "Más allá de la izquierda y de la derecha". Ediciones Cátedra, Madrid, 1998.

LECHNER, Norbert: "Los patios interiores de la democracia" Fondo de Cultura Económica, Chile, 1987.

TORANZO, Carlos: "Descentralización del poder y construcción de los sujetos colectivos". En Democracia y Desarrollo. IDIS-ILDIS, Cuenca 1994